

le daba el nombre de Manuel María Antonio, hijo legítimo de Cristóbal Dominguez y Rosalía de Campos, vecinos de aquel pueblo.

Los padrinos, Antonio Garrido y Josefa González, su mujer, honrados labradores del mismo, con dulce y religiosa fé unían sus ruegos á los del venerable sacerdote, que en tan sublimes instantes pedía al Todopoderoso por la felicidad futura del recién nacido.

Durante la menor edad de Manuel pocos acaecimientos de interés debemos referir, porque en esos años son muy escasos los sucesos notables que acontecen. Sin embargo, haremos particular mención de su orfandad, que sobrevino cuando apenas contaba tres años, en que murió su padre á los cuarenta y cinco de su edad. Con este motivo, D. Francisco de Paula Campos, capellán que era de las monjas de la Paz, y tío carnal de Dominguez, lo trajo á Sevilla, donde vivió á cargo de él, en unión de su viuda, madre.

Su educación, por consiguiente, fué procurada con esmero; aprendió desde muy pequeño la instrucción primaria, y cuando tenía diez años estudiaba en la Universidad de Sevilla la segunda enseñanza.

Esta carrera, que había emprendido por la dirección del capellán, su tío, quedó paralizada por la muerte de éste en el año 28; pues aunque heredó de él una finca, de las cuatro que dejó el capellán, ya bullía en la imaginación de nuestro joven un pensamiento que en vida del tío no se atrevía á declarar. Era la afición al toreo. Ya ardía en su pecho ese deseo que en la juventud es tan fuerte, aprovechando cuantas ocasiones encontraba de salir al campo con sus amigos á torear becerros, recreándose y perdiendo su trabajo, ya otras veces, burlando la

vigilancia del alguacil portero, entraba en el Matadero y tomaba lecciones del que le parecía más diestro.

Era también de notar que en edad tan sencilla, pues tenía trece años, reunía Dominguez una prudencia extremada, una serenidad admirable, pues no llegó á conocer el miedo; y estas circunstancias, unidas á su buen trato y á su formalidad, le hacían apreciable para todos.

Su madre, que no sentía como él las esperanzas que presta una afición, hizo que aprendiese el oficio de sombrerero; y el hijo obedeciendo á los maternales preceptos, se resignó á cumplirlos, aunque, si hemos de decir verdad, no fundaba él su porvenir en los sombreros, y más de cuatro veces dejaba la plancha y tomaba el capote, porque decía, y con razón, "que su afición era muy viva y su oficio muy pesado."

## II

En este mismo año recordarán los antiguos el R. D. de D. Fernando VII, en que mandaba se abriese en el Matadero la célebre Escuela de Tauromáquia, asignando sueldo á tres maestros y cuatro alumnos; que aunque sólo duró dos años escasos, produjo en la afición muy buenos resultados. El nombramiento de primer maestro recayó en el tan célebre matador Pedro Romero, retirado ya de su ejercicio por su edad de ochenta y dos años, hombre de grande inteligencia en el arte, y de un aplomo singular que no supieron imitar todos sus discípulos. A Jerónimo Cándido se le nombró segundo, que reunía á su gran experiencia su buena inteligencia y

añición, contando de años, como él decía, «tres duros y medio,» y de tercer maestro á Antonio Ruíz (el Sombrerero.) El primero ganaba 12.000 reales, el segundo 8.000 y el tercero 6.000. Este último, por hallarse todavía en buena edad y mejor posición, y halagado por los aplausos del pueblo, que le premiaba como el mejor de los matadores que trabajaban en aquella época, sólo estuvo un mes de maestro en dicha escuela, siguiendo sus trabajos en las plazas más famosas.

Manuel Domínguez vió el cielo abierto para su afición al instituirse tan buen género de enseñanza torera, y entró en clase de discípulo, como otros varios, además de los alumnos pensionados.

Aquellas eran corridas en regla, porque se gozaba y se aprendía; allí concurrían á tomar lecciones los más diestros espadas, como Francisco Montes, y entre otros muchos discípulos, haremos mención de Juan Pastor, Juan Yut, notable por su ligereza; *Cúchares* por su sagacidad; Antonio Monge (*el Negrito*), célebre por sus cuarteos; Torrecillas, Majarón, Montaña (*el Fraile*) y Calzadilla (*Colilla*).

Entre éstos, Manuel Domínguez, uno de los más jóvenes, empezaba ya á lucirse con las banderillas, distinguiéndose por su aplomo y valentía en general y singularizándose en el capeo. La escuela antigua del toreo, que nosotros nos atrevemos á llamar la escuela de la verdad, estaba representada dignamente por Pedro Romero, que con tanto interés trabajaba porque la adquiriesen sus discípulos, y Domínguez ha sido el que mejor la comprendió, adoptándola como sistema y como deber. Allí se veía al buen maestro entusiasmado siempre, y siempre como un oráculo predicando á los

*muchachos* las reglas y anunciándoles los peligros. Cuando se tocaba á matar el bicho, se colocaba Romero á espalda del matador discípulo, y, con la voz del saber, de cuando en cuando se le oía decir:—“¡Pára los pies!”—Cuando el animal rehusaba á la muerte, mudando de lugar, decía Pedro:—“¡Estos se matan donde ellos quieren morir!”—Otras veces que el novicio espada se mostraba indeciso, gritaba el maestro:—“¡No hay que temerle á esos pícaros! ¡Entrápalos... y vista...!”—Pero sin dejar de repetir á cada instante:—“¡Pára los pies!”

### III

Ya sabemos que los primeros conocimientos de Domínguez fueron hijos de su maestro Pedro, cuyo género abrazó decididamente con honor; y decimos con honor, porque para seguir aquel toreo era preciso todo el valor y todo el carácter que desde aquella edad se albergaban en su pecho.

Tres eran los matadores de más reputación en aquel tiempo: Antonio Ruiz (el *Sombrerero*), valiente y entendido, que se acercaba más que los otros al género del gran Romero; Juan León, torero de saber y estrategia, y Francisco Rodríguez (*Panchón*), cordobés, de puños y de arrojo.

El primero de éstos sacó de banderillero á Domínguez en la plaza de Sevilla, siendo secundados así los deseos del joven, por ser este segundo maestro parecido al primero. Después trabajó al lado de Luis Rodríguez de San Bernardo, en las plazas de Zafra, Llerena, Fuente Maestre, Badajoz, el Castaño, Jabugo, Ronqui-

llo y Utrera, á las cuales también fué de matador en otras ocasiones, llevando banderilleros de su época, entre quienes se contaba á Manuel Trigo.

Prosiguiendo así, con algunos adelantos en la espada, llegó el año de 1836.

En dicho año le propusieron un ajuste muy ventajoso para trabajar de primer espada veintiocho corridas de toros que habían de lidiarse en Montevideo, en el término de siete meses; hallándose capaz y aconsejado de personas inteligentes, admitió la propuesta. Reunió una lucida cuadrilla, entre quienes se hallaban Torrecillas, Francisco Carnero y Francisco Botija, de la Isla; llevando de picadores á Carlos Puerto y Luis Luque, de Cádiz; y á favor de brisas bonancibles, salió Manuel con su gente de la hahía de Cádiz en la fragata española *Eolo*. Este es el mejor testimonio de la verdad, y creemos será suficiente dato para los dudosos.

#### IV

Veinte años tenía Manuel Dominguez cuando, impulsado por los justos deseos de adelantar en su crédito é intereses, se decidió á surcar los terribles mares que separan á España de la República del Uruguay, cuya capital es Montevideo. Al cabo de mes y medio de una penosa navegación, llegó la fragata al puerto de Montevideo, siendo recibida la cuadrilla torera con general entusiasmo por los aficionados, que tenían las mejores noticias del espada que la dirigía; y se afirmó más este afecto por los naturales del país, ante la simpática presencia de Dominguez, que á todo el mundo inspiraba bondad y nobleza de corazón.

La lidia de las veintiocho corridas contratadas tuvo sus inconvenientes desde luégo, porque á los cuatro meses de la llegada de Manuel, empezó á alterarse la tranquilidad del país por una continua revolución, haciendo tomar parte en el servicio de las armas á todos los españoles, por no estar reconocida la independendencia y no tener cónsul.

Durante los cuatro primeros años de la permanencia de Dominguez en aquel país, sólo pudo trabajar quince corridas de toros de las veintiocho ajustadas, en las cuales se le admiró por sus excelentes cualidades de matador, pues allí no habían visto nunca tanta serenidad delante de una fiera, ni tanta gracia en el manejo de una capa, cuando apenas sin mover los pies burlaba al bicho de más sentido. Sin embargo, poco le era posible adelantar en aquel estado, y más fácil le sería á cualquiera olvidar lo que sabía, que aprender lo que no estudiaba.

Triste era la situación del joven matador durante toda aquella época, pues si bien le complacia hallar en la guerra, donde por precisión tomaba parte, un estímulo agradable para su genio emprendedor y valeroso, no podía olvidar con gusto que su favorita afición se encontraba sepultada en el olvido. Además de las continuas refriegas de trastornos que le producía aquella desastrosa guerra de partidos, las noticias que recibía de España no le eran nada lisonjeras, al saber los adelantos y fama que engrandecían á muchos de sus compañeros de escuela, y más que todo por la infausta nueva que recibió el año 38. Los que sabemos todo lo que vale el cariño de una madre, podremos comprender muy bien el profundo sentimiento de Manuel Dominguez cuando supo que había muerto la suya en dicho año: hasta en-

tonces no sintió la ausencia de su patria, ni caviló en la inmensa distancia que le separaba de ella. Varias veces pensó en aprontar medios para volverse á España; pero su honor estaba empeñado en la guerra del país, tanto más cuanto que siendo uno de esos hombres que valen por la representación de su honradez y por lo temible de sus armas, le comprometían al riesgo de aquellas empresas militares.

La coronación del emperador del Brasil D. Pedro II, fué un motivo poderoso para despertar en Dominguez, de nuevo, su entusiasmo tauromáquico, pues las fiestas nacionales se extendieron hasta promover corridas de toros. Pasó Dominguez á Rio Janeiro, capital del imperio, donde llevó parte de su misma cuadrilla y lidió cuatro famosas corridas, aplaudidas del mismo modo que las demás por aquella población y por sus príncipes.

## V

Desde allí se embarcó para Buenos Aires, y aunque la navegación no es larga, suele ser peligrosa en estaciones como aquélla, llamada del equinoccio, en que un temporal se sigue á otro temporal. A los pocos días de salir á la mar, fué el buque abatido por furiosas borrascas, que lo descompuso é inutilizó, rifando sus velas, desarbolando sus palos y rompiendo el timón. En tan supremos y terribles instantes no se vió á Dominguez perder su ánimo ni su valor.

Él y el capitán del buque eran los únicos que despreciaban el peligro, alentando á los marineros para reparar el timón con un aparejo de horquilla, y mantener

el equilibrio achicando sin parar con la bomba el agua que hacía, para lograr, como se verificó, que cuando calmase la tempestad pudieran aprovechar los momentos y entrar en Buenos-Aires.

Su idea al visitar esta ciudad fué el solicitar permiso para hacer una plaza de toros, y no pudiendo conseguirlo, por hallarse en estado de sitio casi todas las repúblicas americanas, tuvo que dedicarse á los trabajos que allí se acostumbran, como son el bolear y enlazar las reses. Luego que lo aprendió, estuvo de enlazador y capataz de varios saladeros de aquellos países; en el de D. Simón Pereira, D. Prudencio Rosas, la Francesa, Seis valientes y de Chamberí.

En el transcurso de este tiempo fué nombrado también jefe de una partida de campo para hacer presa á los indios bravos de los caballos y demás ganado, para el abasto de la ciudad y equipo del ejército.

Hizo varias expediciones, internándose en terrenos indios, en donde varias veces dió pruebas de su gran valor y pericia, batiendo con heroísmo, al frente de su pequeña partida, las masas feroces de indígenas que les acometían para arrebatárles el ganado que custodiaban.

Siempre salió ileso de estos graves peligros y raras aventuras. En una ocasión que se perdió de su gente por entre los atajos de unas montañas desconocidas para él, se introdujo insensiblemente en el paraje de los bárbaros, viéndose á poco rodeado de aquellas tribus. Otro que no tuviese la serenidad de Domínguez, hubiera sido víctima de aquellas fieras humanas. Les miró tranquilo; observó sus vestiduras y sus gestos como el que observa unas sombras chinescas, y gracias á esta calma, que inspira la paz hasta á los animales, logró salir á salvo de ellos y encontrar á los suyos.



Así continuó hasta diez y siete años, pensando sin cesar en su afición y sintiendo no hallar medio para realizar las ilusiones de su arte y los deseos de su esperanza.

## VI

En la primavera de 1852 se decidió por fin á volverse á España.

Se embarcó en la fragata *Amalia* en el puerto de Montevideo, y á los cuarenta y dos días (30 de Mayo) se hallaba en Cádiz.

El primer paso que dió, poco después de su llegada, fué dirigirse al matador que le parecía de más mérito, pidiéndole trabajo para ir recordando la escuela de sus principios y perfeccionarse á su lado; tal era la fama que había llegado á sus oídos en América sobre aquel compañero suyo. Recibióle el matador de fama con frialdad muy triste, y le dijo que por entonces no tenía nada que darle; que si algún día podía hacer algo por él entonces vería lo que valía, y que mientras tanto por ahí había plazas donde pudiera buscar la vida banderilleando. Mucho sintió Domínguez esta singular acogida de un compañero. Cerró sus labios y tuvo paciencia; pero nos atrevemos á adivinar que para sus adentros dijo: "hoy sufro tus desaires con resignación, pero algún día me he de poner enfrente de tí para que conozcas lo que puedo valer.," Este sin duda alguna, fué el primer estímulo de Domínguez en la era de sus grandes adelantos.

Pocos días tardaron en que, queriendo unos aficionados del Puerto de Santa María probar lo que recordaba Manuel de su antigua escuela, prepararon en una posesión de campo un corral, en el cual lo encerraron, echándole un toro de seis yerbas.

Esta prueba es uno de los hechos más notables de la vida de este torero, porque después de diez y siete años, en que apenas había toreado, se admiraron los asistentes al verle capear como no habían visto á ninguno en desenvoltura y gallardía, poseyendo todos los recursos necesarios, sin salir de su terreno, é impávido siempre delante de la fiera, hasta rendirla y pedir otra. Los que esto presenciaban se dieron por satisfechos, y las noticias de su bizarría se publicaron por todas partes, de modo que no se oía hablar más que de *el Americano*, como entonces le decían, siendo muy español en cuerpo y alma:

En Sevilla se supo al instante este suceso y lo sacaron en seguida de matador, alternando con Antonio Conde (1) En esta primera corrida se notaron desde luego muy buenas disposiciones en el nuevo espada, por los recuerdos que mostraba de una ciencia antigua; de una escuela que había formado sus principios, aunque en sus movimientos estaba algo tardo, ya fuera por falta de uso, ya por la costumbre que en diez y siete años había adquirido de montar á caballo. Sin embargo, capeó con donaire al natural, puso banderillas de frente, y en la muerte dió pases de pecho tan ceñidos como no se habían visto desde sus maestros. Los aplausos de la multitud resonaron y suscitaron en él una animación feliz y necesaria para adelantar; así es que al poco tiempo, en la corrida que trabajó en el Puerto con el *Salamanquino*, marcaba ya bien las estocadas, desarrollando desde entonces ese maravilloso valor que todo el mundo ha admirado. Volvió á lidiar en Sevilla otra corrida con

---

(1) Véase copia íntegra del cartel, al final de esta biografía.

Conde, gustando más, y después otra en Cadíz con el *Tuto*.

Al siguiente año de 1853 alternó con Casas (*el Salamancaquino*) en Sevilla, empezando ya á hacerse notable en los volapiés, por el que dió al primer toro, desafiando siempre, y plantando buenas estocadas recibiendo, como la que dió al toro quinto; y en el mismo año mató con el *Yiyi* en plaza partida.

Fué al Puerto de Santa María, y el día 15 de Agosto recibió allí una herida en el muslo derecho, al recibir.

Volvió á Sevilla, y teniendo contratada una corrida en Jerez y después otra en Sevilla, le instaron los empresarios de ésta para que no marchase á Jerez, por el mal estado de su herida, haciéndole presente el facultativo que no respondía de la gravedad, y todas las cosas que se dicen para conseguir un objeto; pero él les contestó que no faltaría quien le curase, y así como sería bueno para cumplir sus compromisos en Sevilla, debía serlo también para no faltar á los demás, marchando allí sin tener que lamentar consecuencias.

A poco en Sevilla toreó con Lucas, luciéndose en un metisaca final, muy diferente á los que usó al principio, y en su valentía en los quites de caballos.

La corrida del día 25 de Septiembre fué memorable para los aficionados, por los ocho bravos toros de Saavedra que se lidiaron, y porque habiendo sido herido el desgraciado Lucas, en la muerte del primer toro, mató Domínguez los seis siguientes de dos estocadas recibiendo y cuatro magníficos volapiés.

Desde este día el entusiasmo del público creó la justa fama de Domínguez, por su abnegación y su inteligencia. Hasta entonces se había creído que las suertes

y estocadas de este lidiador eran hijas de la casualidad, pues no se comprendía la velocidad de sus adelantos; pero los que le negaban la inteligencia y la maestría, tuvieron ocasión de salir de aquel error.

## VII

En el mes de Octubre trabajó en Aranjuez con desgracia; pero á poco marchó á Madrid, porque decía se le había perdido en Aranjuez la montera y era preciso recuperarla. Julián Casas y Cayetano Sanz le acompañaron en la corrida de Madrid, y de entre los periódicos de la corte que hablaron sobre ella vamos á copiar algunos párrafos.

*El Diario Español* dijo: "Ayer tuvo lugar la corrida anunciada para el beneficio de los establecimientos de beneficencia. En ella se presentó por primera vez al público el espada Manuel Domínguez, el cual mató dos toros en toda regla, siendo muy aplaudido por la numerosa concurrencia, que llenaba todas las localidades de la plaza."

Uno de los párrafos de *La Nación*, era:

"El primer toro que le cedió Julián Casas á Domínguez, lo despachó de una estocada muy buena. Este diestro tiene mucho arrojo y una serenidad admirable, recibiendo los toros como pocas veces está acostumbrado el público á presenciar."

*El Mensajero* decía, entre otras cosas:

"El primer toro que mató Domínguez, quedó seco de una magnífica estocada; y el segundo, de una corta y otra buena, las tres recibiendo. El triunfo quedó por

el espada nuevo, que compartió con Labi los aplausos del público.,,

Y por fin, en *La Epoca* leímos la octava siguiente:  
„Al célebre y nunca bien ponderado MANUEL DOMINGUEZ.

Recorriste la bella Andalucía,  
entre flores y gloria singulares,  
entre aplausos y lauros á millares,  
que sólo Montes consiguiera un día  
En cambio, junto al bello Manzanares  
vences á tus rivales á porfía;  
siendo tú sucesor ¡oh! gran torero,  
de Montes, de Guillén y *el Chiclanero* „

Hablar de todos los lances y corridas nos parece demasiado largo, y así nos reduciremos á las cosas más notables, como hemos hecho hasta aquí, que interpreten de un modo claro y justiciero la buena reputación de Domínguez.

## VIII

El año en que se verificó la subida de Domínguez al apogeo, llamado por algunos la resurrección del arte, fué el 54; si bien tuvo la desgracia de ser herido por el primer toro, en la cadera derecha, matando con Lucas el 17 de Abril. Para el 23 del mismo se anunciaba otra corrida en que debía matar él, y diciéndose de público no se hallaba capaz de ir á la plaza, se llenó, el día de la función, la calle de la Laguna en Sevilla donde vivía, deseoso de saber el público si mataría ó nó. El empresario de la plaza le suplicó se asomase al balcón, por-

que la entrada era muy endeble á causá de aquella incertidumbre. Asomóse, en efecto, entre los saludos de la multitud, manifestando que iba á la plaza, y llenóse esta como por encanto.

Después de lidiar, entre otras varias que no son de interés el referir, la de beneficencia con *Cúchares* y *Lucas* y otra en Cádiz con *Gil*, lidió dos en el Puerto con *Cúchares*, luciéndose más que todos en su capeo, volapiés y recibiendo, y captándose una ovación brillante y general.

En la carta del Fray Gerundio, de Cádiz, en que hacía la reseña de una corrida lidiada entre *Curro*, el *Salamanquino* y *Carmona*, decía como introducción, refiriéndose á las dos anteriores corridas del Puerto, ésta entre otras octavas libres:

“En la lidia segunda, más felices  
Estuvieron los diestros aplaudidos;  
Perfectamente trabajó Domínguez,  
Dejando su estandarte en medio el circo,  
Sin temor que ninguno se lo quite,  
Y en su centro flamígero esculpido:  
“Si murieron *Paquiros* y *Delgados*,  
*Manuel Domínguez* heredó sus manos.”

En el año de 55 trabajó en Sevilla la primera temporada con el *Tuto*, y después con éste y *Gil*. Sus adelantos siguieron igual senda.

Fué á Córdoba por segunda vez, y después á Francia, donde toreó en presencia de los emperadores, luciéndose con generales simpatías, á pesar de que al dar un pase de pecho fué herido en la parte derecha del vientre bajo, y tuvo que despedir á su cuadrilla para que marchase á Barcelona y cumpliese allí la corrida

que tenía contratada, sin perjuicio de que en caso de poder iría él también, para que no tuvieran que perjudicarse los empresarios, como efectivamente sucedió, pues á los siete días de su herida en Francia, mató en Barcelona, en el estado de padecimiento que era consiguiente, no dejando nada que desear.

Pasó también á Lisboa, y trabajó cuatro capeas ó llámense corridas de capeco, como allí se acostumbra, donde apuró todas las suertes de su lucido capote: tiró hermosas navarras, verónicas, galleos á puerta de chi- quero y cuatro lances al natural con la rodilla incada. Además puso moñas á los toros, recibiendo, llevándolas para el efecto en la punta de una espada de madera.

El año 55 no fué menos interesante en novedades taurómacas por lo que pertenece á Domínguez. La venida á Sevilla del rey viudo de Portugal, en tiempo de la feria, nos proporcionó la ocasión de ver á Manuel enlazar toros; arte que aprendió en América, como ya digimos, y cuya operación vamos á pintar ligeramente.

En la tarde, señalada para el enlace, un gentío inmenso ocupaba las hermosas llanuras de Tablada, con el deseo de presenciar aquel espectáculo inusitado, pues aunque Domínguez había boleado y enlazado ya en varias ocasiones, no se había hecho tan público como esta vez. Todo lo más selecto de la capital asistía á la fiesta; multitud de coches ostentaban las más hermosas hijas del Bétis, y los más apuestos ginetes cabalgaban en briosos caballos. La gente aguardaba con impaciencia el deseado momento, y las miradas de todos se fijaban en el camino de las Delicias. Por fin se apercibieron los coches de SS. AA. RR. los Serenísimos señores Infantes Duques de Montpensier, y al lado del primero, sobre

un hermoso caballo castaño, marchaba Manuel Domínguez, ricamente vestido á la andaluza

Llegó la cabalgata al punto designado y todos los carruajes formaron un grupo, destacando á la cabeza de ellos el de los Infantes. Hicieron la señal estos señores y Domínguez marcha al ruedo de ganado que custodiaba á la sazón el entendido Jacinto Martínez y sus ayudantes. Comunicóles aquél la señal, y un bravo toro fué acosado en el momento, que siguió Domínguez á la carrera.

El bicho tomó dirección hácia los coches; y cuando apenas le quedaban quince pasos para llegar á ellos y el terror general había levantado un asustado murmullo, gritó Domínguez con su cuerda en la mano: "¡No hay que temer, que no llegará!". En aquel instante arrojó su certero lazo á la cabeza del bruto, revolvió su caballo con empuje hácia el lado opuesto, y el toro cayó dando un furioso vuelco.

Los aplausos fueron estrepitosos, y unánime el entusiasmo. A éste siguió otro enlace del mismo género, y un magnífico regalo de la régia familia, enviado á Domínguez, recompensó su difícil y acertada ejecución.

En esta temporada alternó Domínguez con Manuel Arjona Guillén, y después con éste y Carmona el mayor, esmerándose como siempre en desafiar y recibir, ó poniendo en caso necesario los sendos volapiés de su uso; esto es, llegando con la mano hasta los rubios y bañándola en la sangre del toro.

En la temporada de que hablamos, se distinguió Domínguez capeando é incándose de rodilla con Manolo delante del toro; llegando su asombroso estímulo hasta poner su montera en un asta del fiero, estando de rodi-



llas todavía, y rascar después al toro en la frente, tan pacífico como si le hubiera magnetizado.

Muy afortunado empezó para Domínguez el año 57, luciendo en la corrida del 20 de Abril, que se le nombró del agua, por la mucha que caía del cielo aquella tarde. Con *Cúchares* y *el Tato* mató dos toros de un gran volapié por todo lo alto y una sublime recibiendo, en los rubios.

## IX

Vamos á ocuparnos de la que lidió con el *Tato* el 1.º de Junio en el Puerto de Santa María. De la casta de Concha y Sierra salió el primero, que era barroso, de muchas libras y astillado del cuerno izquierdo: se llamaba *Barrabás*, y como tal se portó. Fué blando y receloso á la pica; tomó trece puyas, mató un jamelgo, hirió otro y le hizo á Charpa medir el suelo con las costillas. Paquilillo y Chauchau le pusieron dos pares de banderillas á la media vuelta, porque *Barrabás* no acudía á los cites. Hizose el bicho de condición, y Domínguez lo pasó dos veces, escupiéndosele el toro y yéndose á las tablas del lado opuesto. Allí lo pasó otra vez y, armándose para la muerte, le dió un volapié que fué muy trasero, enganchándolo el toro por debajo del brazo derecho, y al sacudirlo en el derrote lo enganchó por debajo de la mandíbula derecha, internando la punta del cuerno hasta clavársele en el cielo de la boca, y al volverlo á sacudir contra el suelo le salió el ojo derecho de la órbita. Consternado el público al verle el ojo saltado, pen liente de la retina, prorrumpió en un grito de amargura; y él, más sereno de lo que era de esperar,

levantóse por sus piés, miró su ojo, suspendiéndole en la mano, y se fué á apoyar sobre la barrera; porque es de advertir que la puerta por donde había de salir para la enfermería estaba ocupada por el toro; y se pasaron así siete minutos, mientras se desangraba el desgraciado Manuel. Por fin salió; le introdujeron el ojo en su sitio y le llevaron á su posada, donde á poco se hallaban reunidos varios de los mejores médicos del Colegio de Cádiz.

Inmediatamente se procedió á una operación tan difícil como dolorosa, para contener la hemorragia, especialmente por la herida de la garganta, que era peligrosísima. Domínguez sufrió aquella cura con un valor sobrenatural, pues los facultativos, acostumbrados á operar pacientes, de más ó menos sufrimiento, se admiraron al no oírle pronunciar un solo ¡ay!

Todos creyeron que se retiraría del toreo, porque se hallaba privado de la parte más esencial; sin embargo de esto persistió, y como si nada le hubiera sucedido y la costumbre de mirar con un solo ojo le fuera ya adquirida por muchos años, marchó á Málaga á cumplir uno de sus compromisos, pidiendo que fueran los toros de Concha y Sierra, hermanos del que lo había herido; y á los cincuenta y tres días de su cogida se hallaba toreando en la plaza de aquella ciudad con la misma ropa que lo hizo en el Puerto, y á pesar de su afección y de tener el otro ojo deslumbrado y eurojeado por la luz tan fuerte que escitaba su estado debil, mató á estocada por toro, cumpliendo después sus contratos en las plazas de Alicante, Granada y Sevilla. En esta última se portó admirablemente, conviniendo todos en que nada se habían perjudicado sus disposiciones taurómacas,

pues cada vez ha puesto mejor las estocadas y ha capeado con el mismo aplomo y aun más maestría.

Llegamos al año 58, en que recordaremos, pues, entre otras muchas cosas de este año, el círculo que hizo en la arena con su espada después de pasar al toro, citándolo en seguida y quedando en el mismo sitio con el animal muerto á sus piés, de una soberbia, recibiendo.

Referiremos también la misma estocada que dió á á otro toro aculado en las tablas, recibéndolo del mismo modo; y las *cuatro navarras* sin perder tefreno, que tiró en la misma corrida después de haberlo capeado al natural y por detrás. Las crónicas taurómacas dicen que el que más navarras ha tirado así, llegó á tres. Cuando tal hizo, mandó la presidencia que tocase la la banda de música hasta la salida del toro siguiente.

En Barcelona lidió dos corridas con igual aplauso y en el Puerto, tres, dos con el *Tato* y una con *Nili*, siendo ésta una de las más notables que figurarán en primera línea entre los fastos del toreo. En el mismo lugar donde fué herido el año anterior, se vió bravo, como nunca, citar á la fiera; pero felizmente no suceder como el otro año, sino dar excelentes estocadas.

Con mucha oportunidad, el suplemento á *El Constitucional*, de Cádiz, traía, entre otras, la siguiente décima andaluza:

Dominguez, con su maestría,  
es el torero que hay  
desde Sevilla hasta *Cai*  
en toda la Andalucía.  
Se cree más cada día,  
después que le falta un ojo,  
y si se quedara cojo,

lo que la Virgen nó quiera,  
él buscaría la manera  
de mostrar su grande arrojo.

En Valencia mató después dos corridas con Cayetano Sanz, lo mismo que las anteriores.

La corrida que estaba anunciada en Madrid tuvo que suspenderse por la atención que llamó en Valencia, á donde fueron los aficionados de la corte, á la manera que se suspendió la del Puerto, cuando fué á matar á Algeciras.

Las noticias de sus triunfos en estas plazas fueron en Sevilla acogidas con admiración, pues no faltaba quien creyera que iba á decaer su fama; pero ésta se afirmó de un modo imperecedero en la corrida que después trabajó en ésta, poniendo tres inmejorables estocadas en tres toros: la primera á volapié, la segunda metisaca y la tercera recibiendo en los medios; llamadas por los peritos las tres estocadas modelos.

Continuó toreando, aunque con menos frecuencia, pisando por última vez el redondel en la plaza de Sevilla, con motivo de la corrida anunciada para beneficio del antiguo espada Manuel Arjona Guillén (*Manolo*), el día 13 de Noviembre de 1881.

## X

Desde la referida fecha, vivió retirado del toreo, colmado de años y de achaques, gozando, si nó de grandes bienes de fortuna, al menos de la paz y comodidades tan precisas á su vejez y estado de salud. Hasta pocos meses antes de su fallecimiento, gustaba conversar con un reducido número de amigos, asíduos concu-

rrentes á su domicilio en la calle Celinda. Nosotros que nos contábamos en el número de los privilegiados, tuvimos ocasión, más de una vez, de oír los hechos más salientes de su vida, relatados con la sencillez y llaneza tan características en el *señó Manuel*, como le llamábamos los íntimos.

Los datos biográficos que dejamos apuntados son los más verídicos de cuantos se han publicado, facilitados por el referido diestro, y corregidos en su presencia.

Fueron escritos y publicados all por los años del 59 al 60, por D. Rafael Gonzalez, antiguo y entendido aficionado, íntimo amigo de Dominguez, y ferviente partidario suyo y de su *escuela*.

---

En Junio del 85, vió la luz en Sevilla una *hoja suelta* en la que, algunos enemigos ocultos de Dominguez, sin duda, decían que el referido exmatador se encontraba tan exhausto de recursos, que iba á ser recluido en una Casa de Misericordia. La referida hoja estaba firmada por *Varios aficionados*, y proponían éstos se celebrara una corrida en beneficio de Dominguez.

A nosotros, que nos constaba la falsedad de la especie lanzada, nos fué fácil desmentirla en nuestro periódico *El Loro*: más al referido diestro no le pareció ésto bastante, y nos rogó la inserción del siguiente remitido cuyo original, firmado de puño y letra de Dominguez, conservamos como preciada reliquia, pues fué el último que suscribió en su vida, apareciendo en el número 16 de *El Loro*, correspondiente al 14 de Julio de 1885,

Hé aquí el

## REMITIDO

«Sr. Director del periódico taurino EL LORO.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Ruego á usted encarecidamente se sirva dar cabida en las columnas de su apreciable semanario, al siguiente escrito, por lo que le anticipa gracias su affmo. S. S.

Q. S. M. B.,

*Manuel Domínguez.*

Habiendo leído en el número 12 de la Revista que con tanto acierto dirige, correspondiente al día 4 del actual, el suelto que aparece en la sección de noticias, y en el cual, de una manera levantada y digna, desmiente V. los rumores que vienen circulando hace días en esta capital sobre mi reclusión en una Casa de Misericordia, me veo obligado á tomar la pluma para hacer ver á esos propaladores de noticias falsas, que no está tan decaído mi espíritu, que no pueda rechazar con la entereza y dignidad de un hombre honrado, los solapados y miserables insultos de que soy objeto.

Tampoco puedo dejar sin correctivo á los autores del asqueroso *papelucho* que, firmado por *Varios aficionados*, circuló por esta población el día 4 del corriente.

¿Quiénes serán esos *amigos* (á los que ni conozco ni deseo conocer), que solicitan para mí *una corrida de beneficencia* para que con sus productos pueda atender á mis más perentorias necesidades? ¿Conocerán, por ventura, esos *aficionados amigos* á los que han propalado la falsa noticia que las personas que me son afectas se habían visto en la necesidad de instalarme en un Asilo?

Sepan unos y otros que, si bien no poseo grandes bienes de fortuna, al menos cuento con lo necesario para poder vivir con decencia y algo holgadamente los días que me resten de vida.

Los propaladores de la absurda noticia de mi reclusión quizá se darían por sastifechos con poder contar para mantenerse con lo que todos los días sobra de mi mesa. Y esto que digo, señor Director, crea V. que no es por orgullo ni jactancia; dígolo sólo porque á ello me obligan los que de tal modo me calumnian.

Bastante más aliviado de mis padecimientos, creo que pronto podré salir á la calle y concurrir á aquellos centros de mi particular predilección, donde siempre fuí bien recibido: al menos así me lo han manifestado mis particulares amigos los facultativos Sres. D. Antonio Salado, D. Rafael Lasso y D. José Rueda, que son los encargados de mi curación.

Y no cansándolo más, señor Director, me repito de V. affmo. amigo y S. S. Q. B. S. M., *Manuel Dominguez*.  
— Sevilla 13 de Junio de 1885.

## XI

Aunque Dominguez no volvió á trabajar en plaza alguna desde la última fecha que dejamos apuntada, conservó la coleta hasta el postrero día de su existencia, que fué el martes 6 de Abril de 1886, en su domicilio de la calle Celinda, en Sevilla, y á los 70 años de edad.

Su muerte fué muy sentida, no solo en Sevilla sino en España entera. La caja que conteria el cuerpo ina-

nimado del discípulo predilecto de Pedro Romero, fué llevado en hombros por individuos de la Sociedad «*Viejas ricas de Cadiz*», desde la calle Celinda donde vivió el finado, hasta la puerta de Triana, en cuyo punto fué colocada en un lujoso coche fúnebre, tirado por cuatro caballos empenachados, que lo condujo hasta el Cementerio de San Fernando.

Las cintas que pendían del féretro fueron llevadas por los espadas *Chicorro*, *Cara-ancha*, *Marinero* y *El Espartero*.

El paño mortuorio fué conducido por Julián, Hipó-jito y Francisco Sánchez (*Currinche*), José Fernández (*El Barbi*), José Centeno, Francisco Fuentes y Manuel Gallango.

El duelo fué presidido por el Director espiritual del finado y los mata-dores de toros Antonio Sánchez (*El Tuto*), Antonio Carmona (*El Gordito*) y Francisco Arjona Reyes (*Currito*.) La comitiva que acompañó al cadáver á su última morada, fué tan numerosa como distinguida, viéndose en ella representación de todas las clases de la sociedad, desde el honrado artesano hasta el rico comerciante, asistiendo igualmente á rendir el último tributo de cariñoso respeto al *señó Manuel*, todos los toreros residentes en Sevilla, gran número de conocidos aficionados, ganaderos y los directores de los periódicos taurinos *El Toreo Sevillano* y *El Lero*, y varios redactores de la prensa local.

¡Descanse en paz el veterano espada!

---

He aquí la copia literal del cartel de la primera corrida de toros en que trabajó Dominguez en el Círculo sevillano á su regreso de Ultramar, y del que hacemos referencia en su biografía.



DOCUMENTO HISTÓRICO

PLAZA DE TOROS DE SEVILLA

Con superior permiso se ejecutará una brillante corrida de toros el domingo 12 del corriente Junio de 1853 (si el tiempo lo permite).

La plaza será presidida por la autoridad competente, si SS. AA. RR. los Sermos. Señores Duques de Montpensier no se dignan hacerlo.

La nueva Empresa que tiene á su cargo la ejecución de esta corrida, ha querido presentar al público una novedad que espera recibirá con agrado. Consiste ésta en haber ajustado á Manuel Domínguez, espada no conocido hasta ahora en esta ciudad, si bien procede de su Escuela Tauromáquica, donde fué alumno pensionado bajo la dirección del célebre maestro Pedro Romero.

Ausente por más de 17 años en Ultramar, ha ejercido allí su arte con gran crédito, y es de esperar que los esfuerzos que se propone hacer llenarán los deseos de los aficionados.

Los toros que han de lidiarse pertenecen á dos privilegiadas ganaderías, y ambas recientemente han aumentado su crédito en las plazas de esta ciudad y la de Ronda, donde se han jugado toros hermanos de los que ahora saldrán á la plaza. Público es que uno del Sr. Lesaca recibió 65 varas, matando once caballos, y dos del Sr. Andrade en corridas ejecutadas en esta ciudad, han sobrepujado á cuanto pudiera desearse en esta clase de diversión. Si el propósito de la Empresa se llena con el

agrado del público, será á cuanto quiere aspirar con la función cuyos detalles son los siguientes:

Los ocho toros que han de lidiarse serán cuatro de los Sres. D. Pedro y D. Manuel Lesaca, vecinos de Sevilla, con divisa celeste y blanca; y cuatro del señor don Francisco Taviel de Andrade, vicino de Sevilla, con divisa encarnada.

*Picadores.*—José Alvarez de Sevilla, Manuel Lerma de Coria, Antonio Navarrete de Sevilla, Antonio Llavero de id. y Manuel Ureta de Madrid, nuevo en esta plaza y además una reserva.

*Espadas* —Manuel Domínguez y Antonio Conde, ambos de Sevilla, habiendo además una lucida cuadrilla de banderilleros, entre ellos algunos de los que trabajaron en la corrida anterior.

Se reproducen las prohibiciones de las corridas anteriores para la conservación del buen orden. Los despachos de billetes se hallarán en los sitios de costumbre. Los toros estarán el día antes de la función en Tablada, para que los aficionados que gusten puedan verlos. En nombre de varios aficionados se costea una elegante moña para uno de los toros del Sr. D. Francisco Taviel de Andrade, en premio de lo bien que se portaron en la corrida anterior. La plaza se abra á la una y la función dará principio á las cuatro y cuarto.

*Precios.*—Barandillas de piedra 24 rs. Id. de madera 20: Id. de Diputación 16: Todos los asientos de Centros de piedra y madera 12: Centros de Diputación 10: Asientos de Cajón y del Toril 20: Tendidos de Sombra 9: Sol 5: Balcones de Sol 6.

*Nota.*—Se advierte al público que cinco minutos antes de empezarse la corrida se cerrarán las puertas que

dan entrada á la barrera y plaza baja, y que los que llegasen después no tendrán derecho á reclamar el importe de sus billetes.

---

*Sevilla, Imprenta del Porvenir, Serpes, 13.*

\*  
\* \*

Como lo prueba el anterior documento, en la corrida celebrada este día en el circo hispalense se presentó por primera vez á torear ante sus paisanos el después famoso matador de toros Manuel Domínguez. De las *Cartas Tauromáquicas*, publicadas en aquella época por el inteligente aficionado Manuel Díaz Costales, conocido por el pseudónimo de *D. Severo Canta Justo*, copiamos la revista del primer toro que mató Domínguez en este día. Dice como sigue:

«Ojinegro y su piel castaña oscura  
y por nombre llamado *Tintorero*,  
á su casta laureles le procura,  
cual *Sevillano* en el rondeño suelo.  
Blando mostróse al fin por desventura,  
cinco veces no más probó el acero,  
mas vengó valeroso tal ultraje  
saciando en un jamelgo su coraje.

Cinco palos ostenta su cabeza,  
y el discípulo antiguo de Romero,  
con una izquierda de sin par limpieza  
dióle tres pases como buen torero.  
Se embragneta al instante, y con fiereza  
un mete-saca le plantó certero;  
recibiendo estruendosas ovaciones  
y de mi lira los severos sonos.

FIN DEL TOMO PRIMERO



# ÍNDICE

Capítulos	Páginas
PORTADA. . . . .	I
Dedicatoria del autor. . . . .	III
Cuatro palabras al lector. . . . .	V

## SIRVA DE PRÓLOGO

I Origen de la <i>Fiesta de toros</i> . . . . .	VII
II Fundación de Roma. . . . .	IX
III Venida de Julio César á España. . . . .	XI
IV <i>Fiesta de toros</i> en Thessalia en honor de Julio César.—La batalla de Munda.—Regocijos en Itálica.—Fiestas de toros en el Circo Romano.—Regreso de César á Roma.—Su muerte. . . . .	XII
V Costumbres del pueblo romano. . . . .	XVII
VI Las <i>Fiestas de toros</i> en tiempos de Trajano, Adriano y Marco Aurelio. . . . .	XVII
VII Invasión de los <i>vándalos</i> en la <i>Bética</i> . . . . .	XX
VIII Invasión de los godos en España.—Batalla del Gúadalete.—Conquista de España por los musulmanes. . . . .	XX
IX Desaparición de la <i>Fiesta de toros</i> , en los primeros siglos de la España árabe. . . . .	XXI
X Punto obscuro de la Historia. . . . .	XXII
XI Fin del prólogo. . . . .	XXII

## LIBRO PRIMERO

- I Introducción en España de las *Fiestas de toros* por los caballeros musulmanes. Los guerreros de la

	Cruz las acogen con entusiasmo en sus costumbres.—El Cid Campeador, primer lidiador de toros, ó la <i>Cruz de Puerta Cerrada</i> .—Tradicción popular religiosa de Madrid.—Entusiasmo que produce en los cristianos el acto heroico del de Vivar.—Fin de la denominación árabe en España. . . . .	3
II	Los Torneos.—Carácter y formas que revestían estas fiestas.—Torneos célebres.— <i>El Alanceamiento</i> de los toros, base fundamental del toreo moderno.— <i>Libro de Montería</i> de Gonzalo Argoto de Molina. . . . .	16
III	Reforma en las <i>Reglas de torcar</i> , mandadas escribir por el rey Felipe IV. para los caballeros de su corte.—Varias consideraciones sobre el toreo antiguo.—Anatemas que pesaron sobre estas fiestas.—El Emperador Carlos I, gran <i>alanceador</i> de toros.—Fiestas Reales de <i>Toros y Cañas</i> en Valladolid. 1527. . . . .	25
IV	Un <i>paso atrás</i> en nuestros apuntes.—Tradicción histórica cordobesa.—Una excursión por la sierra.—Un gran peligro y un salvador á tiempo.—Final. . . . .	35
V	Documento histórico.—Primera fiesta de toros que se celebró en Barcelona.—Lo que eran estas fiestas en 1601.—Consideraciones finales. . . . .	40
VI	Una aclaración del autor de este libro.—Revista de la corrida verificada en la Plaza Mayor de Madrid el 26 de Julio de 1636; preliminares de la fiesta.—En la plaza.—El despejo ó salud de los caballeros. . . . .	45
VII	Confirmación de lo anterior: Principia la <i>fiesta de toros</i> .—Los demás bichos.—Final desagradable de la corrida.—Un documento histórico.—Introducción del uso de las mulillas en el espectáculo taurino.—Consideraciones finales del autor. . . . .	50
VIII	Fiestas de toros en Sevilla en 1638.— <i>Fiestas de toros</i> verificadas en Madrid en 1634, 36, 38, 45 y 46.— <i>Toros y Cañas</i> en Sevilla en 1647.—Fiesta de toros y cañas en la ciudad de Córdoba en 1651.—Cuadrillas y colores.—La entrada.—Entrada de las cañas.—Segunda fiesta de toros en Córdoba. . . . .	56
IX	Carácter de las <i>Fiestas de toros</i> , desde principios del siglo XVII, hasta comienzos del XVIII (1639-1640).—Otras fiestas en Sevilla. (1670-74.)—Fiestas reales de toros (1687.)—Fiestas de toros célebres. (Madrid 1690.)—Premios de S. M. á un caballero <i>torcador</i> .— <i>Toros y cañas</i> . (1691).	

	Otras fiestas. (1672).—Fiestas reales en Sevilla. (1700).—El <i>lustro real</i> . (1703).—Fiestas de toros. (1707 á 1729). . . . .	68
X	Entronizamiento de los Borbones en España.—Abandono de la nobleza á las fiestas taurinas; participación que toman en ella las clases del pueblo.—Las Reales Maestranzas de Caballería, se declaran protectoras del toreo.—Dos opiniones sobre un punto importante.—Consideraciones finales del <i>Libro primero</i> de estos APUNTES HISTÓRICOS. . . . .	79

## LIBRO SEGUNDO

I	Las Maestranzas de caballería.—La de Ronda.—Reales cédulas otorgadas á la misma.—Privilegio de toros. Bandos ó pregones anunciando las corridas.—Cómo era la plaza de toros de Ronda.—Los balcones del Ayuntamiento y Cabildo Eclesiástico.—Los picadores de vara larga y los lidiadores de á pié. . . . .	87
II	Biografías: <i>Francisco Romero</i> ; sus primeros pasos en la senda del toreo.—Protección que dispensan á <i>Frasquito</i> los señores maestrantes de Ronda.—Francisco Romero se presenta en público como matador de toros.—Conclusión.—Los hermanos <i>Palomos</i> : Felipe y Manuel.—La afición decidida del primero.—Protección que le dispensan los señores maestrantes de Sevilla.—Los hermanos <i>Palomos</i> , primeros estoqueadores de toros, (1748).—Dos carteles de los <i>Palomos</i> . . . . .	95
III	Manuel Bellón (El Africano).—Organización de las cuadrillas; trajes.—Juan Romero.—Miguel Galvez. . . . .	109
IV	<i>Matincho</i> . (Apuntes biográficos).—Una corrida de aldea y un torero improvisado.— <i>Martincho</i> abandona su oficio de pastor y se decide por el toreo, ingresando en la cuadrilla del <i>Africano</i> .—José Cándido: lo que se sabe sobre la vida y hechos de este diestro.—Romance curioso sobre la cogida y muerte de José Cándido.—Aclaración final. . . . .	116
V	Reforma del toreo, ó los tres colosos de la Tauromaquia.—BIOGRAFÍAS: <i>Costillares</i> ; Documento curioso del referido diestro; el gran Pedro Romero.—Pedro Romero fué un gran torero.—Un cartel de Pedro Romero.— <i>Pepe-Ilo</i> .—Sus pue-	

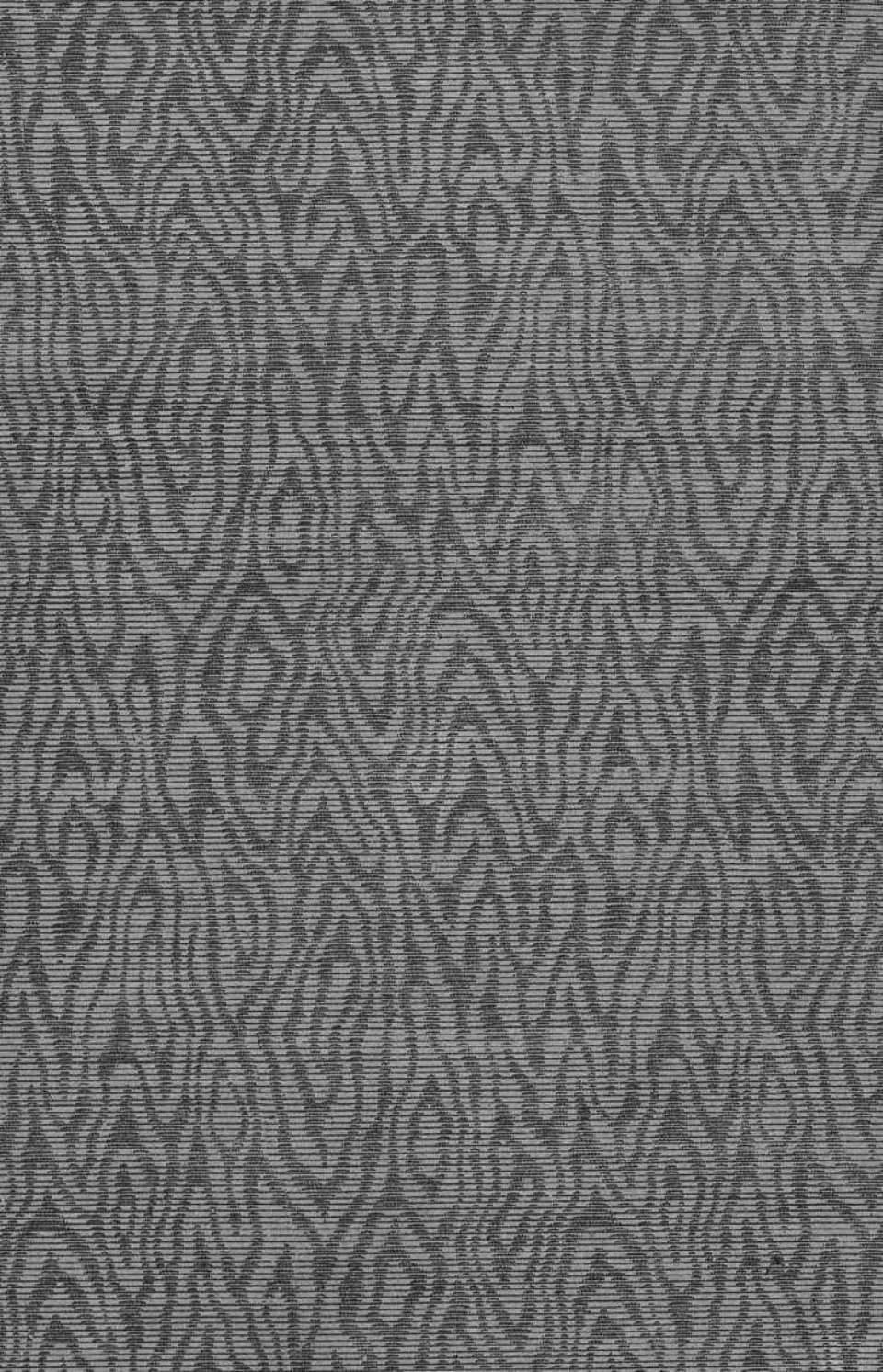
	cupaciones.—Muerte de <i>Pepe-Ilo</i> . . . . .	125
VI	Después de la muerte de <i>Pepe-Ilo</i> . Autopsia, parte facultativo.—Sepelio del diestro.—Su epitafio.— Algo para la biografía de <i>Pepe-Ilo</i> .—Su partida de Bautismo.—Un cartel de <i>Pepe-Ilo</i> .—Biografía de José Romero. . . . .	159
VII	<i>Datos biográficos</i> : Antonio Romero.—Gaspar Romero, Bartolomé Giménez, José Ulloa ( <i>Tragabuches</i> ).—Gerónimo José Cándido.—Otros diestros. . . . .	167
VIII	Prohibición de las corridas de toros en los dominios españoles.—Cédula Real prohibiendo las corridas.—El Consejo de Castilla de acuerdo con el rey otorga permiso para verificar corridas de toros en todas las poblaciones de España, excepto en Madrid.—Disgusto que produce la suspensión de las corridas de toros. . . . .	176
IX	Epopéya gloriosa de la Independencia.—Fernando VII prohíbe las corridas de toros en los dominios españoles; Anulación del decreto; curiosidad histórica, por D. Luis Carmona y Millán.—Poesía á José Bonaparte.—Decaimiento del torero. . . . .	180
X	Consideraciones finales sobre la prohibición de las <i>Fiestas de toros</i> .—Privilegios otorgados á las mismas.— <i>Artículo póstumo</i> dignificando el arte del torero. . . . .	187

### LIBRO TERCERO

I	Biografía de <i>Curro Guillén</i> .—Gerónimo José Cándido vuelve á presentarse en los circos.—Datos biográficos de varios diestros.—Biografía de Antonio Ruiz el ( <i>Sombrero</i> ).—El Rey Fernando y un diestro. . . . .	197
II	Juan Jiménez ( <i>el Morcuello</i> ).—Juan León.—Francisco González ( <i>Panchón</i> ).—Roque Miranda ( <i>Rigors</i> ).—Manuel Parra.—Manuel Lucas Blanco.—Lorenzo Badén y Miguel Romero Carreto. . . . .	217
III	Creación de la Escuela Nacional de Tauromaquia de Sevilla.—Los Directores de la Escuela.—Biografía de Francisco Montes ( <i>Paquero</i> ).—Datos Biográficos de José de los Santos.—Pedro Sánchez.—Antonio del Río Jordán.—Isidro Santiago Barragán.—Antonio Calzadilla. . . . .	227
IV	Datos biográficos de Juan Yust.—Juan Martín, <i>la Santera</i> .—Biografía del célebre espada cordobés D. Rafael Pérez de Guzmán.—Manuel Díaz Labi. . . . .	243







**MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS**

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 666

Precio de la obra . . . . .

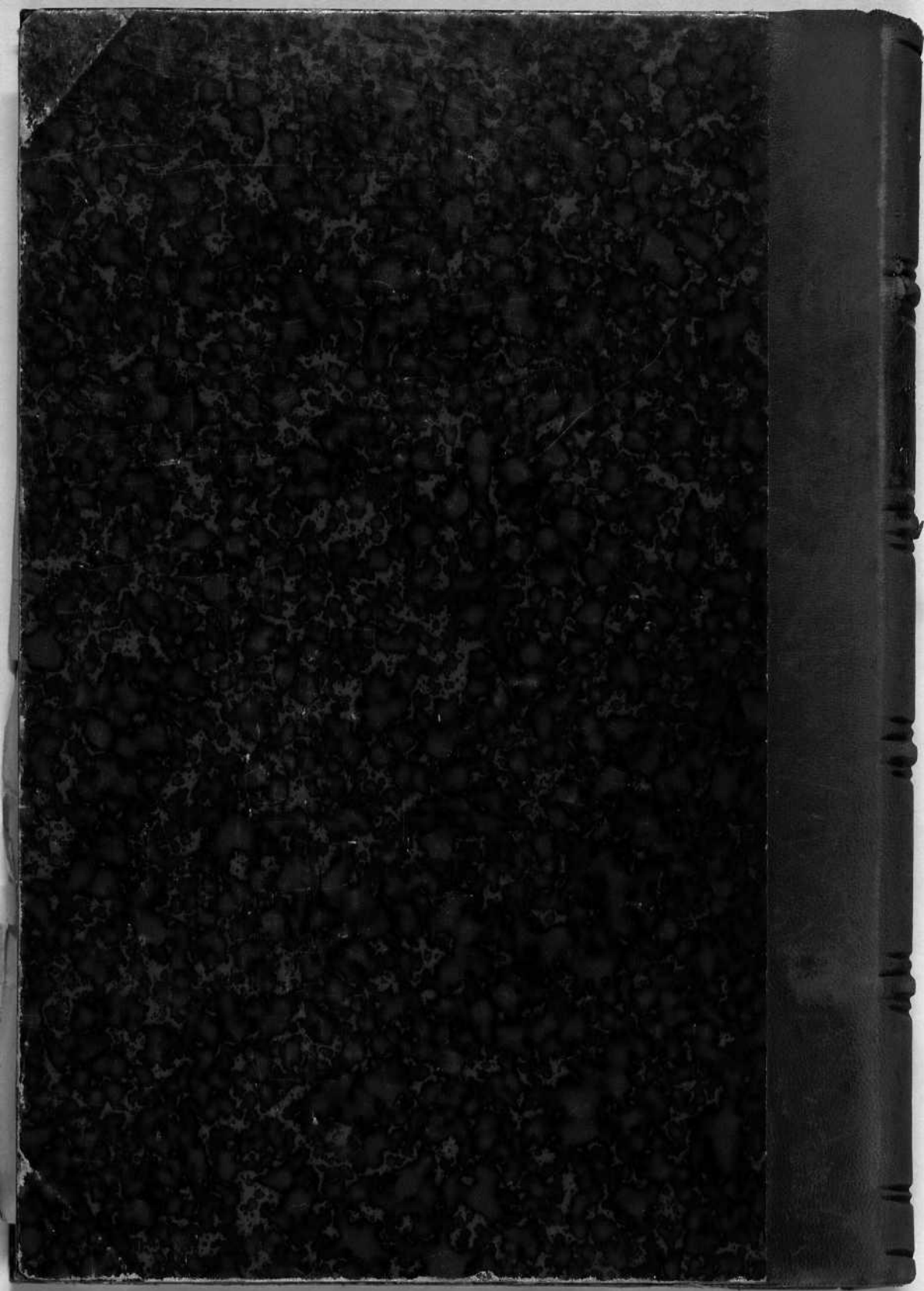
Estante . 2

Precio de adquisición . . . . .

Tabla . . . . .

Valoración actual . . . . .

Número de tomos. . . . .





LA  
MUESTRA  
DE  
TOROS

